

Nuestra Escritura de hoy puede llegar a una especie de perfeccionismo y, consiguientemente, puede causarnos juzgar a los demás, respuestas que son, en ninguna manera, como Cristo, como Dios; pero lamentablemente cuando muchos de nosotros oímos, «Sean Santos, porque yo, el Señor, soy santo», y «Ustedes, pues, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto» creemos que algo menos que el absoluto es condenable. Aprendí bien este tipo de creencia.

Mi familia y la comunidad de la iglesia rural en la cual crecí tenían poca tolerancia por algo menos que perfección a pesar de los múltiples problemas, incluyendo alcoholismo, dentro de mi familia y la comunidad. No es sorprendente que crecí creyendo que yo tenía que ser perfecto. Así, tuve una fuerte de sentido de responsabilidad y mucha culpa.

Siempre me he sentido agradecido de una maestra en una de mis clases de escuela secundaria en el pueblo cercano. Al mismo tiempo que estaba enseñando los ideales de los Estados Unidos como expresado en los documentos escritos por los padres fundadores, también nos llevaba a mirar a las maneras en que la nación había violado aquellos ideales. Bien recuerdo mi respuesta en esa clase. En mi indignación acerca de las violaciones, le dije, «No hace sentido tener ideales si no vamos a seguirlos». También recuerdo la respuesta de nuestra maestra: «Bueno, Sr. McCully, ¿prefiere no tener ideales en absoluto?» Recuerdo mi vergüenza, y también recuerdo esas palabras como una experiencia amonestando.

Nuestras lecturas de hoy continúan centrar en la concepción de Jesús de moralidad, que escuchamos en las lecturas del domingo pasado. Como dije la semana pasada, Jesús no estaba tanto en desacuerdo con la Ley como estaba en desacuerdo con las **interpretaciones** de la Ley. Ustedes recordarán que claramente Jesús dijo, «No crean que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles plenitud». La declaración en la primera lectura de hoy, «Sean Santos, porque yo, el Señor, soy santo», viene de Levítico, el tercer libro de la Ley. Ciertamente nada que Jesús enseña cambia de ninguna manera esas palabras, pero en el Evangelio de hoy, como el uno del domingo pasado, escuchamos, «Ustedes han oído que se dijo . . .» seguido por «pero yo les digo». ¿Qué es diferente que Jesús está diciendo? A fin de entender la diferencia debemos mirar el contexto de las dos declaraciones.

El capítulo diecinueve entero de Levítico consiste de «reglas de conducta» que llaman la gente de Dios, los judíos antiguos, a una moralidad más alta que la de la gente alrededor de ellos. Estas reglas centran en palabras y acciones, pero las palabras y acciones son justas y humanas. En siguiendo estas reglas de conducta, los judíos eran, como Dios,

separados de las acciones de aquellos percibidos como injustos e inhumanos. Ahora miremos en el Evangelio. Tendemos a creer sobre el dicho, «Ojo por ojo, diente por diente», como severo. Es una declaración de justicia absoluta. Entre los antiguos, sin embargo, justicia era una idea nueva. Venganza por una falta de respeto o una herida y preferencia o favoritismo para aquellos del mismo grupo eran las respuestas usuales. Sin embargo, Jesús enseña la paz sobre el conflicto y la misericordia sobre justicia. Él dice, «No responden con el mal hacia aquellos que hacen el mal». Observen que el uno quien les «golpea en la mejilla derecha» les golpea con el dorso de su mano, siempre una acción de desacato. Observen que una persona que puede «demandar en juicio» su túnica es una que tiene poder legal. Observen que sólo un soldado romano podría les «obligar a caminar mil pasos en su servicio». Éstos son aquellos con el poder. No los traten en la manera en la cuales que ellos les tratan. En la última declaración sobre aquellos que son impotentes, Jesús dice, «Sean generosos». En resumen, actúen por amor, como hace explícito en el siguiente ejemplo.

En ninguna parte del Antiguo Testamento, la Biblia judía, dice, «Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo», aunque quizás esa idea estaba implícita porque amar al prójimo incluía sólo aquellos que eran de su propia etnia. En su respuesta, Jesús en efecto dice, «Su Padre celestial ama y responde con amor a todos. Por lo tanto, deben amar y responder con amor hacia toda la gente. Así ahora háganse maduros, cumplidos, completados, perfeccionados, como su Padre celestial es maduro, cumplido, completo, perfecto.

Como los jóvenes hacen a menudo, solíamos burlarnos de lo que las personas más viejas nos enseñaban. No sé si es posible a traducir nuestra burla, pero las palabras fueron más o menos como éstas: «Yo no fumo y yo no mastico y yo no salgo con las chicas que lo hacen». Cuando reemplazamos reglas estrictas con nuevas reglas estrictas, las nuevas reglas estrictas todavía se quedan corto de la meta que Jesús ponía antes de nosotros. No hay ninguna manera en la cual podemos llegar a ser como Dios diciendo o haciendo «la cosa correcta». Podemos llegar a ser como Dios, como Jesús, sólo cuando nosotros, dentro de nuestras entrañas, respondemos en amor hacia toda la gente. Me gusta pensar en ello de esta manera: Dios ama a todos los seres humanos. Pero Dios no ama el mal. Dios debe poder a ver algo en la gente que yo no veo. Entonces, tengo que aprender a ver lo que Dios ve para que yo pueda amar como él ama. Que el cariñoso Señor nos ayude a ver como él ve para que podamos ser santo como él es santo, para que podamos ser perfecto como él es perfecto.